

GABRIELE D'ANNUNZIO

Giovanni Episcopo

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Giovanni Episcopo



Gabriele D'Annunzio

Giovanni Episcopo

Traducción y postfacio
de Gian Luca Luisi



Primera edición: marzo de 2017

Título original: *Giovanni Episcopo* (1891)

© de la traducción y del postfacio: Gian Luca Luisi, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-946164-6-4

Depósito Legal: M-7230-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Diana Labrador Muñoz

Motivo de la cubierta: *The Thinker: Portrait of Louis N. Kenton*, Thomas Eakins, 1900

Impresión y producción gráfica: GOHEGRAF

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Giovanni Episcopo

*Ego autem sum vermis, et non homo;
opprobrium hominum, et abjectio plebis.
Omnes videntes me, derisunt me...*¹

PSALM, XXI, 7,8

*Judica me secundum justitiam tuam*²

PSALM, XXXIV, 24

1. Mas ya no soy un hombre, sino un gusano; vergüenza de los hombres y aborrecimiento del pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí.

2. Júzgame según tu justicia.

Entonces, usted quiere saber... ¿Qué es lo que quiere saber, señor? ¿Qué le debo decir? ¿Qué?... ¡Ah, *todo*! Será necesario, entonces, que se lo cuente todo, desde el principio.

Todo, ¡desde el principio! ¿Cómo lo voy a conseguir? Ya no sé nada; ya no recuerdo nada, de verdad. ¿Cómo lo voy a conseguir, señor? ¿Cómo lo voy a conseguir?

¡Oh, Dios! Veamos... Espere, se lo ruego, espere. Tenga paciencia. Tenga usted un poco de paciencia; porque no soy bueno hablando. Aunque me acordase de algo, no se lo sabría contar. Cuando estaba entre los hombres, era taciturno. Era taciturno, incluso después de haber bebido: siempre.

No, no siempre. Con *él* hablaba; solo con *él*. Unas tardes de verano, fuera del portal de casa, o

en las plazas, en los jardines públicos... Él ponía su brazo debajo del mío, ese pobre brazo descarnado, tan grácil que casi ni lo sentía. Y caminábamos uno al lado del otro, charlando.

Once años, imagínese, señor... Tenía solo once años y razonaba como un hombre, era triste como un hombre. Parecía como si ya supiera todo de la vida, como si padeciera ya todos los sufrimientos. Su boca ya conocía las palabras amargas, ¡las que tanto daño hacen y que nunca se olvidan!

¿Quién olvida algo? ¿Quién?

Le decía a usted: ya no sé nada, ya no recuerdo nada... Oh, no es cierto.

Me acuerdo de todo, de todo, de todo. ¿Lo comprende? Me acuerdo de sus palabras, de sus gestos, de sus miradas, de sus lágrimas, de sus suspiros, de sus gritos, de cada suceso de su existencia, desde el momento en que nació hasta el momento en que murió.

Ha muerto. Han pasado ya dieciséis días desde que se murió. ¡Y yo aún sigo vivo! Mas debo morir; lo más pronto posible, tengo que morir. Mi hijo quiere que yo vaya con él. Todas las noches, viene, se sienta, me mira. Está descalzo, ¡pobre Ciro! He de tener los oídos bien abiertos para percatarme de sus pasos. Continuamente, desde que anochece, me quedo escuchan-

do... continuamente. Cuando apoya el pie en el umbral, es como si lo apoyara en mi corazón; pero suavemente, muy suavemente, sin hacerme daño, oh, tan ligero... ¡Pobre criatura!

Está descalzo ahora, todas las noches. Sin embargo, créame usted, nunca, nunca en su vida, nunca ha ido descalzo. Se lo prometo: nunca.

Le confesaré una cosa. Escúcheme bien. Si falleciera una persona a la que usted quiere mucho, ingénieselas para que en el ataúd no eche en falta nada. Vístala usted, si puede, con sus manos. Vístala entera, con cuidado, como si la persona tuviera que volver a vivir, levantarse, salir. Nada le tiene que faltar a quien abandona este mundo; nada. Recuérdele.

Mire aquí, mire esos zapatitos... ¿Tiene usted hijos? No. Entonces usted no puede saber, no puede comprender qué significan para mí estos dos pequeños zapatos raídos, que contuvieron *sus* pies, que aún conservan la forma de *sus* pies. Yo jamás sería capaz de explicárselo, ningún padre jamás sería capaz; ninguno.

En aquel momento, cuando entraron en la habitación, cuando vinieron para llevarme con ellos, ¿no estaba toda *su* ropa allí, en la silla, al lado de la cama? ¿Por qué no busqué otra cosa que los zapatos, con ansiedad, debajo de la cama, mientras sentía que el corazón me estallaba solo

con pensar que no los encontraría? ¿Y por qué los escondí, como si en ellos se hubiera quedado algo, incluso mínimo, de *su* vida? Ay, usted no puede comprender.

Ciertas mañanas frías de invierno, cuando tenía que ir a la escuela... Tenía sabañones, ¡pobre niño! En invierno sus pies se cubrían de llagas, sangraban. Yo le ponía los calcetines, le ponía los zapatos. *Sabía hacer* muchas buenas acciones. Luego, al atarle los cordones, arrodillado en el suelo, sentía que sus manos, apoyadas en mis hombros, ya temblaban de frío. Y yo me demoraba un poco más... Usted no lo puede comprender.

Ese día, cuando se murió, era este el único par que tenía; este que usted ve. Y yo se lo quité. Y, por eso, lo enterraron así, como un niño pobre. ¿Quién lo quería, a excepción de su padre?

Ahora, todas las noches, cojo estos dos zapaticos y los coloco uno junto al otro en el umbral, para él. ¿Por si él los viera, al pasar? Los ve, tal vez, pero no los toca. A lo mejor sabe que me volvería loco si por la mañana no los encontrara allí, en su sitio, uno junto al otro.

¿Usted cree que estoy loco? Ah, ¿no? Me pareció haber leído en sus ojos... No, señor; aún no me he vuelto loco. Lo que le estoy contando es verdad. *Es verdad todo*. Los muertos regresan.

También *el otro* regresa, a veces. ¡Qué horror! ¡Oh, qué horror!

Mire: noches enteras he pasado temblando así, con los dientes que me castañeteaban, sin poder detenerme; he creído que por el terror se me iban a dislocar los huesos en las articulaciones; he sentido, hasta la mañana, los cabellos en la frente como agujas, duros, tiesos. ¿No tengo todo el pelo canoso? Dígame: ¿no está canoso?

Gracias, señor. Mire: ya no estoy temblando. Estoy enfermo, muy enfermo. ¿Cuántos días de vida pensaría usted que me quedan si me juzgara solo por el aspecto? Usted ya lo sabe: debo morir, lo antes posible.

Sí, sí, ya ve, estoy tranquilo, muy tranquilo. Le contaré todo, desde el principio, como quiera usted: todo por orden. La razón todavía no me ha abandonado. Créame.

Vamos a ver, pues. Sucedió en una casa de los barrios nuevos; en una especie de *casa de comidas* privada, hace doce o trece años. Éramos unos veinte empleados, entre viejos y jóvenes. Íbamos allí a cenar, por la tarde, juntos, a la misma hora, a una misma mesa. Nos conocíamos todos, más o menos, a pesar de que no trabajásemos en la misma oficina. Allí conocí a Wanzer, Giulio Wanzer, hará unos doce o trece años.

¿Usted... vio... el cadáver? ¿No le pareció que había algo extraordinario en aquel rostro, en los ojos? Ah, pero si los ojos estaban cerrados... Sin embargo, no lo dos; no los dos. Lo sé. Debo morir, por lo menos para librarme de la sensación que se me ha quedado en los dedos de ese párpado que se resistía... La siento, la siento, aquí, siempre; como si se me hubiera pegado aquí un poco de esa piel. Mire... ¿Esta no es una mano que ya ha empezado a morir? Mírela.

Sí, es verdad. No debo pensar en ello. Perdóneme. Ahora iré directo hasta el final. ¿Dónde estábamos? ¡Había empezado muy bien y, enseguida, he divagado! Tienen que ser las consecuencias del ayuno; no puede ser otra cosa, seguro, no puede ser otra cosa. Llevo casi dos días sin comer nada.

Antes, me acuerdo, cuando estaba en ayunas, me daba como una especie de delirio ligero, muy raro. Parecía como si desvariara: veía cosas...

Ah, otra vez. Tiene usted razón. Decía, pues, que allí conocí a Wanzer.

Dominaba a todos, allí; avasallaba a todo el mundo; nadie lo contradecía. Levantaba siempre la voz; y, alguna vez, la mano. Casi no había ni una tarde en que él no tuviera un altercado con alguien. Era odiado y temido, en esa casa de co-

midas, como un tirano. Todo el mundo hablaba mal de él, murmuraba, conspiraba; en cuanto él aparecía, incluso los más rabiosos callaban. Los más tímidos le sonreían, lo adulaban. ¿Qué tenía ese hombre?

No sé. En la mesa, yo me sentaba casi enfrente de él. No podía evitar quitarle el ojo de encima en ningún momento. Experimentaba una extraña sensación que no sabría expresarle: una mezcla de repulsión y de atracción, indefinible... Era algo como una fascinación maligna, muy maligna, que ese hombre fuerte, malvado y violento irradiaba hacia mí, tan débil yo, incluso entonces, y enfermizo, e indeciso; y, a decir verdad, un poco ruin.

Una tarde, a punto de terminar la cena, surgió una discusión entre Wanzer y un tal Ingletti, que estaba sentado a mi lado. Como de costumbre, Wanzer levantaba la voz y se enfadaba. Ingletti, quizá más audaz a causa del vino, le hacía frente. Yo me quedaba casi inmóvil, con los ojos clavados en mi plato, y no me atrevía a levantarlos; el estómago se me había cerrado de manera espantosa. Empezaron a decirse alguna palabra ofensiva. De repente, Wanzer cogió un vaso y lo arrojó contra el adversario. Falló el golpe; y el vaso vino a romperse contra mi frente, justo aquí, donde ve la cicatriz.

Nada más notar la sangre caliente por el rostro, perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, ya tenía la cabeza vendada. Wanzer estaba allí, con una actitud consternada; me dijo algunas palabras de disculpa. Me llevó a mi casa, junto con el doctor; asistió al segundo vendaje; quiso quedarse en mi habitación hasta muy tarde. A la mañana siguiente, regresó. Volvió a menudo. Y entonces empezó mi esclavitud.

Yo no podía tener hacia él otra actitud más que la de un perro asustado. Cuando entraba en mi habitación, él parecía el dueño. Abría los cajones, se peinaba con mi peine, se lavaba las manos en mi jofaina, fumaba de mi pipa, hurgaba entre mis papeles, leía mis cartas, se llevaba los objetos que más le gustaban. Día tras día, su prepotencia se hacía cada vez más insistente, y, día tras día, mi alma se sentía más humillada, se hacía más pequeña. Ya no tuve más voluntad propia. Me sometí por completo, sin protestar. Ese hombre me quitó cualquier atisbo de dignidad humana, así, de golpe, con la misma facilidad con la que me habría podido arrancar un cabello.

Y yo no estaba atontado, no. Tenía conciencia de todo lo que yo hacía, una conciencia lucidísima de todo: de mi debilidad y de mi abyección; y, en especial, de la *imposibilidad absoluta*

en la que me encontraba de liberarme del poder de ese hombre.

No le sé expresar, por ejemplo, el sentimiento profundo y oscuro que provenía de la cicatriz. Y no le sé explicar la gran turbación que me invadió cuando, un día, mi tirano me cogió la cabeza entre las manos para mirar esta cicatriz, que aún estaba tierna y en carne viva; la tocó con los dedos varias veces y, luego, dijo:

—Está perfectamente cerrada. Dentro de un mes ya no se notará nada. Puedes darle gracias a Dios.

Me pareció, en cambio, que, desde ese instante, no tuviera en la frente una cicatriz, sino un sello de servidumbre, una marca vergonzosa y muy visible, que perduraría durante toda mi existencia.

Lo acompañé a todos los sitios adonde él quería ir; lo esperé horas enteras en la calle, delante de un portal; me quedé despierto por las noches para hacer su trabajo de oficina; llevé sus cartas de una punta a otra de Roma; cien veces subí las escaleras del Monte de Piedad, fui corriendo de usurero en usurero, jadeante, para encontrar la cantidad de dinero que tenía que salvarlo; centenares de veces, me quedé detrás de su silla, en algún garito de juego, hasta el amanecer, muerto de cansancio y de náuseas, con sus

blasfemias que de repente estallaban y que, junto con el humo acre que me irritaba la garganta, me tenían despierto; y él se impacientaba por mitos y me acusaba de traerle mala suerte; y, luego, si había perdido, al salir, por las callejuelas desiertas, en la niebla, me arrastraba como un trapo, y gesticulaba e imprecaba hasta que surgía en alguna esquina una sombra que nos ofreciera aguardiente.

Ay, señor, ¿quién será capaz de desvelarme este misterio, antes de que me muera? ¿Hay pues en la tierra hombres que, al encontrar a otros hombres, pueden hacer con ellos lo que quieran, pueden convertirlos en esclavos? ¿Se le puede, pues, quitar a uno la voluntad así como se le quita de entre los dedos una brizna de paja? ¿Se puede llegar a hacer eso, señor? Pero ¿por qué?

Ante mi tirano, *jamás pude expresar mi voluntad*. Y, sin embargo, tenía inteligencia; sin embargo, tenía la cabeza llena de ideas; y había leído muchos libros, y sabía muchas cosas, y comprendía muchas cosas. Algo..., algo, por encima de las demás cosas, comprendía: que yo estaba perdido, irremediablemente. Tenía constantemente, en el fondo de mi alma, un desconcierto, una inquietud; y, desde aquella noche de la herida, se había apoderado de mí el miedo a la sangre, a la visión de la sangre. Las crónicas en los periódicos me

turbaban, me quitaban el sueño. Algunas noches, cuando, al regresar con Wanzer, pasaba por un rincón oscuro, por una escalera oscura, y a los fósforos les costaba encenderse, sentía un escalofrío por toda la espalda y el pelo se me empezaba a erizar. Mi pensamiento fijo era que, una noche u otra, ese hombre me asesinaría brutalmente.

No fue así. En cambio, sucedió *lo que no podía ser*. Yo pensaba: «Morir asesinado por aquellas manos, una noche, atrocemente; ese será mi destino, seguro». En cambio...

Sin embargo, escúcheme. Si aquella tarde no hubiera entrado en la habitación de Ciro; si yo no hubiera visto el cuchillo encima de la mesa; si *alguien* no hubiera entrado dentro de mí, de repente, para darme aquel terrible ímpetu; si...

Ah, es verdad. Tiene razón. ¡Estamos todavía en el principio y yo le estoy hablando del final! Usted no podrá entender si antes no le cuento todo. Pero ya estoy cansado; ya me estoy confundiendo. Ya no tengo nada que decir, señor. Tengo la cabeza muy ligera, como una burbuja llena de aire. Ya no tengo nada que decir. Amén, amén.

Vale, se me ha pasado. Ya está. Gracias. Usted es muy bueno; tenga piedad de mí. Nadie se ha apiadado de mí en la tierra.